



LUIS JAVIER LAVERDE SALAZAR
Desaparición Forzada
09 - 12 - 2008
Belencito - Comuna Trece



movice
MOVICe
CAPITULO ANTIOQUIA



PABLO MONTOYA, EL TESTIGO DE LA COMUNA

RÓBINSON ÚSUGA HENAO

Periodista y escritor

Foto Henry Agudelo

1

Bienvenido

Tras veinte años de probar suerte en las calles de París, regresas de nuevo. Bienvenido. Eres Pablo Montoya, músico y literato, y tu país es Colombia. Una tierra que sigue convulsionada aunque ya mataron al capo Escobar. Creímos que ahí acabaría todo, que otro oxígeno se respiraría. Mentiras. Encontraron la manera de hacer metástasis aquellos viejos problemas políticos y sociales. Sí señor.

Llegas en avión el 7 de agosto del año 2002, el día de la primera posesión como presidente del controvertido Álvaro Uribe Vélez. La Fuerza Pública está en alerta máxima, instalando retenes y haciendo requisas a lo largo y ancho del territorio nacional. Esperando y temiendo un nuevo ataque mortífero de las FARC.

Las FARC, las FARC todavía las FARC.

Siguen derribando torres de energía y dinamitando puentes, como en los años en que te fuiste para París. Continúan secuestrando como nunca antes. En la espesura de parajes selváticos tienen pequeños campos de concentración donde retienen a cientos de personas, civiles y militares, como si fueran animales encorralados. Mientras los guerrilleros secuestran, los paramilitares desaparecen a la gente. Sí señor.

Has llegado Pablo al país de los desaparecidos. Pero todavía no lo sabes.

Un sector de la población tiene esperanzas en la mano dura y pacificadora del nuevo presidente Uribe. Otros temen por su *mano firme*. La sociedad antioqueña se divide en torno a esa figura política. «Entre mis amigos y parientes de Medellín, fui encontrándome con personas que detestaban a Uribe y otras que lo admiraban», dices.

2

Violencia en la urbe

Aunque la patria está convulsionada, sientes que te diriges a un lugar seguro y tranquilo, la Universidad de Antioquia. Llegaste allí para tomar una plaza como docente de literatura y encuentras que los otros profesores, y también los estudiantes, hablan a cada tanto de una misma cosa: que la ciudad está sumida en un aire denso y triste. Sí señor. Un aire de muerte. Medellín está siendo reñida por grupos armados que combaten en las periferias. Se habla de «guerra urbana» y hay una zona que parece haber sido tomada por el mismísimo demonio de la guerra: la zona centro occidental, más conocida como la Comuna 13.

Tenías antiguas referencias del lugar, pero tus pies no habían recorrido esa Comuna que es muchos lugares a la vez: un conjunto de barrios enlazados por calles estrechas, con un mismo origen precario, y sentenciados por la misma violencia doméstica y callejera. Sí señor.

Pablo, Pablo. Sin ser consciente de ello, te alojas cerca de allí, en Calasanz, un barrio tranquilo de clase media. Un sector residencial ubicado a medio camino entre la Comuna 13 y el centro de la ciudad.

3

Orión

Es el 16 de octubre del 2002. Han pasado solo dos meses desde que ocupaste tu nueva casa y en mitad de la madrugada despiertas perplejo por el estruendo de las pistolas, fusiles, granadas y ametralladoras. Pablo, Pablo, ha empezado la Operación Orión. Agentes de las Fuerzas Militares y soldados paramilitares comandados por alias Don Berna, incursionan en los barrios de la Comuna 13 para dar cacería a los grupos de resistencia miliciana y guerrillera que llevan combatiendo en la zona desde hace dos años. La Operación Orión genera decenas de heridos, al menos diecisiete homicidios y trescientas setenta detenciones arbitrarias.

Bienvenido a tu ciudad, Pablo Montoya, muy distante del parsimonioso París. Desde tu apartamento en Calasanz continúas escuchando los disparos mientras te tomas el café.

4

Los desaparecidos

La Operación Orión pasa con un saldo en rojo para la historia y los días se suceden entre voces discretas y estériles notas de prensa que señalan hacia el occidente de la ciudad, hacia los desaparecidos de La Escombrera. Dicen que son los desaparecidos de Orión. Que eran diez. Que sumaron noventa y siete. Que al final eran más de cien. Que algunos fueron capturados por los militares y policías. Que les llegaban a sus casas o los abordaban en los callejones del barrio. Que previamente fueron torturados por soldados paramilitares. Que les endilgaban ser parientes o colaboradores de los milicianos. Que finalmente fueron asesinados y sus despojos arrojados en un gigantesco relleno de escombros y desperdicios de construcción conocido como La Escombrera.

Pablo, Pablo. La Escombrera es una llaga horrible y dolorosa que quedará abierta en la historia de la Comuna 13. Sí señor. Las desapariciones sucedieron en las narices de todo el

mundo. Pero nadie se dio cuenta. Las voces de las víctimas fueron acalladas por el estruendoso discurso triunfal de Álvaro Uribe y su largo gobierno, en el que se pregonó que Orión fue una operación militar que llevó la paz y la convivencia a la Comuna 13. Todo era falso, sí señor.

Con los años te enteras de los desaparecidos de La Escombrera y te conmueves profundamente. Algo dentro de ti quiere acercarte a esa problemática de impunidad. Ves por la televisión y lees en los informes de prensa, que hay un grupo de mujeres que preguntan por ellos. Son parientes de los desaparecidos en calidad de madres, hermanas o hijas. Claman por la verdad, la justicia y la reparación de sus seres arrebatados. Crearon un nombre muy dicente para su causa. Se hacen llamar *Mujeres caminando por la verdad*. Se congregan y hacen acciones simbólicas y políticas, aunque la mayor parte del tiempo sus plegarias no encuentran respuesta de ningún lado, ni en los funcionarios del Estado, ni en los políticos recogen votos, ni en los fiscales y jueces. Es como un llamado que solo retumba en los propios muros de la Comuna 13.

Los únicos que a veces se compadecen son algunos de los victimarios, paramilitares desmovilizados que participaron en el exterminio y en la desaparición sistemática, y que ofrecen algún testimonio esclarecedor. Esas son las pistas que persiguen las mujeres que caminan por la verdad.

«¿Cuántos desaparecidos hay en la Comuna 13?», te preguntas. «Personas del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, el Movice, me dijeron que es muy posible que en La Escombrera depositaran cadáveres de otras partes de la ciudad y del Departamento de Antioquia. Si eso es verdad, se supone que allá hay enterrado un montón de gente».

5

Caminar la Comuna

Es el año 2015 y te propones hacer una novela que abordará la problemática de La Escombrera. Aún conocías poco de la Comuna 13. Desde lejos, parado en el embaldosado gris de la céntrica estación del metro de San Javier, algunas veces divisaste estos barrios entrelazados de cemento crudo y ladrillos de barro, desnudos al sol y al agua, que desde el suelo o a vista de dron parecen una misma costra, un castillo inmenso con miles de habitaciones, torres, pasadizos y compartimentos.

Solo en 2018, después de escribir tu novela *La escuela de música*, emprendes ese camino de observación e iniciación que te llevará ante los ojos de nosotros, los habitantes de la Comuna. Sí señor.

Ese mismo año pasas por las oficinas del Instituto Popular de Capacitación, IPC, en una cruzada cívica por el deterioro de la calidad del aire en Medellín, y allí conoces al antropólogo Andrés Arredondo. Sabes que Andrés es un activista permanente por los derechos de las víctimas de la Comuna 13. «Encontré en Pablo unas inquietudes y posiciones frente al conflicto colombiano coincidentes con las mías», Andrés explica.

Le pides que guíe tus pasos por el territorio. Él acepta. Te presenta a personas de la Corporación Jurídica Libertad, quienes orientan y representan a algunas víctimas, especialmente en los temas de desaparición forzada. Eres invitado a una asamblea con *Mujeres caminando por la verdad*. Allí conoces a un joven historiador llamado Juan Diego Mejía, quien tiene a su hermano Ermey desaparecido. También te presentan a Natalia Quiceno.

Acompañado de Andrés y Natalia visitas el Memorial por los Desaparecidos, situado a orillas de La Escombrera, a un lado del camino por donde se accede a la iglesia de Las Teresitas.

Recorres callejones y escalinatas de los barrios Nuevos Conquistadores y El Salado. Llegan hasta las Escaleras Eléctricas, en un extremo del barrio Las Independencias, donde las casitas están agarradas unas encima de las otras para no caer en el abismo. La municipalidad construyó esas escaleras mecánicas entre los años 2009 y 2011 para facilitar la vida de los lugareños que a diario subían y bajaban las accidentadas y eternas escalinatas de cemento.

El lugar se volvió un centro turístico. Pero tú no te dejas deslumbrar por la atracción mecánica ni por las fachadas de colores ni por las tiendas de *souvenirs* entre los destiles de turistas de gafas oscuras y pantalones cortos que vinieron desde los confines del planeta tierra para contemplar los grafitis pintados en los muros mientras los guías del barrio les cuentan una historia a medias de la Comuna 13.

Consideras que la transformación de algunos espacios, la nueva infraestructura de viaductos, miradores, Escaleras Eléctricas y fachadas pintadas con coloridos grafitis en algunos sectores «son solo pañitos de agua tibia; muy poco comparado con la gran pobreza que hay en la Comuna 13 y el enorme problema de inseguridad que se vive en la mayor parte de sus barrios, dices. No creo que lo que se hizo allá sea lo mejor que pudimos haber hecho. Medellín es una ciudad con mucho dinero pero hay algo desde lo político que impide hacer mejores inversiones sociales en la Comuna». Sí señor.

Crees que hace falta una piscina olímpica, más bibliotecas y colegios, y un museo de la memoria de la Comuna 13. Conoces la casa de Juvenal Ortega y se te mete la idea de que allí podría edificarse ese museo que preserve la memoria del territorio, la memoria de las víctimas y sus testimonios, esos que escuchas de sus propias bocas. Sí, tienes conversaciones con víctimas. Las miras a los ojos. Recibes sus testimonios con paciencia, indignación y asombro. Es la veracidad de su dolor. Y tú la recibes aunque no puedas hacer nada para calmar esa necesidad que tienen de una verdad, justicia y reparación. Las escuchas porque quieres ser testigo y deseas que sus voces ingresen a tu literatura.

6

Un fantástico laberinto

Acompañado del joven Juan Diego Mejía, haces nuevos recorridos por la Comuna 13. «Él empieza a ser mi guía por los barrios El Salado, Nuevos Conquistadores, Veinte de Julio, San Javier, Eduardo Santos», dices. Caminas por los senderos barriales de los extremos sur y occidental de la Comuna, los que están en las inmediaciones de La Escombrera, cuyos habitantes recibieron los más graves embates de las operaciones Orión y Mariscal.

De entrada lo que más te causa impresión en esos recorridos es la dimensión urbanística. «Me parece delirante la manera como se construyeron esos barrios allá arriba. Esa ausencia de calles y esa abundancia de escalinatas. Su esencia laberíntica. Y siempre que me aproximo a la Comuna estoy pensando en Italo Calvino y su libro *Las ciudades invisibles*. Calvino describe allí ciudades que son como colgadas de los barrancos y me parece que gran parte de la Comuna 13 obedece a ese criterio fantástico. Leí muchos libros sobre la Comuna antes de caminarla, la mayoría fueron series de crónicas e informes de derechos humanos, solo dos novelas (*Las vidas posibles* y *A un hermano bueno hay que vengarle la muerte*) porque se ha escrito poca literatura

relacionada con el territorio, poco cuento, poca novela y poca poesía. Pero, extrañamente, en la mayoría de relatos que leí encontré que no existe eso: no existe esa dimensión fantástica que a mí me ha inspirado la Comuna. Cada que estoy caminando esas calles, voy preguntándome ¿en dónde estoy? Me hallo siempre envuelto en una sensación de confusión», dices.

Juan Diego se convirtió en tu mayor guía durante todo el proceso de inmersión. Sí señor. Recorrieron juntos la zona durante la segunda mitad del año 2018 y buena parte del 2019. «La intención que yo tenía con Pablo era mostrarle estos laberintos que tenemos acá en el barrio. Llevarlo por algunos sectores y más o menos el recorrido que se piensa que hizo mi hermano cuando lo estaban desapareciendo», dice Juan Diego.

7

Enfermos de violencia

Es agosto de 2019 y has logrado avanzar en la novela. Aún dudas si debe titularse La Comuna o La Escombrera. El personaje principal es tu *alter ego*, Pedro Cadavid, una presencia importante en otras de tus obras. Pedro Cadavid llega a la ciudad desde París, se enamora de una chica que trabaja en una biblioteca de la Comuna, e invitado por ella, conoce aquel nudo de barrios populares. También conoce a los parientes de los desaparecidos que buscan la verdad de sus familiares, hijos, sobrinos, padres, presumiblemente enterrados en fosas comunes en el tierrero de La Escombrera. Enfrentado a esa cruda realidad, Pedro Cadavid termina enfermo de violencia.

Enfermarse de violencia es el resultado de habitar una Comuna que está enferma de geografía, como lo es la 13, y vivir en una ciudad y en un país que también están enfermos de geografía, entre el cruce de caminos de negocios ilícitos como el narcotráfico.

«En la última parte de la novela le muestro al lector cómo se enferma este personaje de violencia. ¿Y cómo se enferma uno de violencia? No puedes dormir, te llenas de resentimientos, las voces de los fantasmas te acechan. Tú mismo te vuelves violento y puedes matar a otro. Esto último no le sucede al personaje. Lo que sí le pasa es que caerá como en un abismo físico y mental», dices.

¿Podrá aliviarse Pedro Cadavid de esa violencia? Aún no lo sabes. Piensas que quizá podría aliviarse por medio de la tierra misma. De lo que sí estás seguro es que esta será la última novela en la que abordes la temática de la violencia colombiana porque tú mismo ya estás fatigado de esa terrible realidad. Sí señor, necesitamos un respiro.

«Creo que el problema ahora es la falta de empatía. Con el proceso de inspección que en 2015 se hizo en La Escombrera, se habló mucho del tema. Luego, con la audiencia que tuvimos en 2019, año de la Jurisdicción Especial para la Paz y la solicitud que hizo el Movice de medidas cautelares sobre 16 lugares del país donde se presumía la existencia de desaparecidos, también pusimos en boga el tema de la desaparición forzada en Medellín y la Comuna 13... Pero el Estado y la sociedad colombiana son todavía muy indiferentes hacia las víctimas de los crímenes de Estado», dice el joven historiador Juan Diego Mejía.

Es por eso que los parientes de los desaparecidos también se agotan de tanto buscar en caminos tormentosos, oscuros y estrechos que no les conducen a ninguna parte. Esa impunidad inamovible y la falta de respuesta de la sociedad y el Estado les obligan a encontrar el modo de seguir con sus vidas, aunque tengan que hacerlo sumidos en el poderoso agobio de la injusticia. ■